

nada. Plejanov, aparece, en consecuencia, más bien como un argumento apologético que como un marco referencia teórico, que sirva para sustentar un determinado enfoque.

El enfoque, en efecto, nos parece más cercano a las categorías epistemológicas en que se mueve la historiografía postivista que a los análisis propiamente marxistas. La obra se inicia con dos capítulos destinados no a biografiar al autor sino a describir el marco histórico dentro del cual éste aparece, un marco histórico general en el primer capítulo y otro destinado al origen histórico del partido comunista en Costa Rica. Ambos capítulos basados no en fuentes primarias sino en estudios ya realizados por autores, de diversos horizontes ideológicos aunque de reconocida autoridad científica, lo cual no deja de restarle rigor analítico a estos capítulos iniciales, que constituyen lo que los historiadores alemanes llaman "sitzen in Leben", el contexto general que da sentido a la obra individual de un personaje.

El resto de la obra se basa fundamentalmente en la obra misma escrita por Calufa, sea en artículos de la prensa nacional, especialmente de la prensa del Partido Comunista, sea en entrevistas hechas por la autora a personas aún vivas y que participaron muy de cerca en la vida de nuestro personaje, sobre todo en los pasajes más controvertidos de su actuación política. Es de notar que, en nuestro medio existiendo lamentablemente la costumbre por parte de los personajes históricos de escribir sus memorias, las entrevistas a dichos personajes por parte de los estudiosos, han llegado a cumplir esa función, con los inconvenientes de lo circunstancial de las entrevistas y de la imprecisión propia del lenguaje coloquial.

Es precisamente en estos capítulos destinados a describir la trayectoria histórica de Carlos Luis Fallas, donde más se notan las limitaciones propias de una epistemología positivista en el enfoque de la historia. El enfoque positivista se limita a transcribir las fuentes primarias, no hay elaboración crítica de los contenidos ni evaluación del mayor o menor grado de autoridad que merezcan como fuentes de análisis científico. Dicha labor crítica es particularmente importante tratándose de periódicos, máxime si éstos tienen un origen partidario que, por definición toman partido ideológico y personal en los hechos que narran. Lo dicho no invalida un testimonio de esta naturaleza, ni debilita a priori el valor de una documentación de este origen, pero sí obliga al historiador a fundar con mayor rigor la solidez de sus fuentes de informa-

ción, pues de lo contrario, obliga al lector a realizar un acto de fe casi ciega en la veracidad de una determinada fuente. Y esto no es científico pues se incurriría en parcialidad. El hecho de que en la luchas por desideologizar la historia oficial hagamos énfasis en las fuentes o testimonios no oficiales, no invalida lo que acabamos de decir, pues una parcialidad no se compensa con otra parcialidad sino con una plena imparcialidad u objetividad. Pero decir objetividad no es decir neutralidad. El historiador tiene derecho a tomar partido, aún más, debe hacerlo si de denunciar el crimen y defender la verdad se trata, pero siempre fundando críticamente su posición. En lo que a la obra que comentamos se refiere, un enfoque más crítico del proyecto político del Partido Comunista en la época y un análisis de la lucha de clases y de las fracciones de clase en los acontecimientos de la década de los 40, le hubiese dado mayor consistencia a la obra, sobre todo porque ya existen antecedentes al respecto, como la obra de Manuel Rojas (*Lucha social y guerra civil en Costa Rica 1940-1948*, ed. *Porvenir*, San José, 1980) y que la autora cita en otros párrafos de su libro.

Lo dicho no invalida este esfuerzo loable e indispensable iniciado por otro historiador marxista, Vladimir de la Cruz, en una obra ya clásica en nuestro medio (*Las luchas sociales en Costa Rica 1870-1930*, ed. Costa Rica, San José, 1980), consistente en desideologizar la versión oficial de nuestra historia, recurriendo a fuentes primarias que reflejan y expresan la verdad que encierran las clases subalternas, sus luchas y sus intereses. Es precisamente Vladimir de la Cruz el mentor de la tesis que dio origen al libro de Marielos Aguilar y quien hace su presentación en un breve pero enjundioso prefacio. Nuestro pueblo, sometido hoy más que nunca a una agresiva campaña de desinformación, tiene derecho a saber la verdad de su historia. Los historiadores honestos tienen la responsabilidad de dársela a conocer. *Carlos Luis Fallas, su época y sus luchas* de Marielos Aguilar es una hermosa e importante contribución en ese sentido. Vale la pena hacerlo resaltar.

Arnoldo Mora Rodríguez  
Escuela de Filosofía  
Universidad de Costa Rica

**EL SALVADOR IN TRANSITION** por Enrique A. Baloyra. Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 1982. 236p.

Enrique Baloyra, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de North Carolina, ha escrito un estimulante y bien documentado libro sobre la situación de El Salvador en los últimos años. La obra se divide en dos partes. La primera, titulada la "Realidad Salvadoreña", presenta en cuatro capítulos, un detallado examen de la política salvadoreña en el período 1948-1979. El argumento central del autor es que con la revuelta campesina de 1932 se produce una crisis en la república oligárquica originada en la incapacidad de los sectores dominantes para hallar un actor sustituto; ello origina el largo período de dictadura personal del general Hernández Martínez (1932-1944) al cual le sucede en 1948 la "institucionalización del dominio militar", asentada en una combinación entre preeminencia oligárquica y veleidades "reformistas". A partir de 1972 (fraude electoral notorio, persecución creciente de la oposición admitida) el dominio militar entra en crisis; un intento de "reformismo represivo" fracasa en 1976 con el retiro del proyecto de reforma agraria del Coronel Molina y se abren entonces las puertas, durante el gobierno del general Romero (1977-1979), para una "restauración oligárquica" de nuevo tipo que el autor denomina "despotismo reaccionario". Este intento llega a su fin en 1979 cuando un golpe militar con apoyo en amplios sectores de la oposición intenta una nueva ruta. Se trata, en el lenguaje del autor, de una "transición" hacia un sistema de reforma progresiva que buscan hacer viable en el país un nuevo régimen, de naturaleza pluralista y democrática. La segunda parte del libro, titulada "Fantasías norteamericanas" se dedica a analizar, en detalle los avatares de ese intento en el trágico período 1979-1982. El título, que podría sorprender, se explica por el hecho de que en ese intento la participación norteamericana es muy activa. El autor trata de mostrar como, la incoherencia de los resultados, se debe a una percepción equivocada por parte de los responsables de la política exterior de los Estados Unidos, tanto durante la administración Carter como en el caso de la de Ronald Reagan, de lo que era posible hacer y esperar.

El objetivo primordial de la política norteamericana, al apoyar decisivamente el golpe de 1979 fue, y sigue siendo, "un proceso de transición controlada, que se supone debe llevar a una salida democrática" (p.76). Pero ¿cómo lograr eso excluyendo a la izquierda de cualquier participación significativa?. El plan dio prioridad a las reformas sociales y económicas en el supuesto de que su aplicación daría un automático soporte popular al

nuevo gobierno. Lejos de eso, el asunto central fue que, al relegarse a segundo plano la "restauración del imperio de la ley", un sector importante de la población salvadoreña continuó a merced de los cuerpos represivos, los cuales, demasiado a menudo escaparon el propio control del nuevo gobierno. Después de la primera crisis gubernamental, en diciembre de 1979, cuyo resultado fue la salida de los grupos socialdemócratas y la asociación estrecha ente militares y demócratas cristianos, el autor percibe en la política norteamericana otra "fantasía": la idea que la democracia cristiana y las organizaciones empresariales del sector privado podían marchar fácilmente de acuerdo en el nuevo rumbo. Si algo ha probado ser obstruccionista y retrógado en todo el proceso es justamente la sección conservadora de la burguesía salvadoreña, cuyo objetivo sigue siendo una plena restauración militar o un régimen extremadamente conservador. Otra "ilusión norteamericana" descubierta por el autor es la posibilidad de llevar adelante una lucha antisubversiva "limpia", con la subsecuente pacificación del país. El problema esencial sigue siendo la incapacidad de los Estados Unidos para controlar la derecha y los grupos paramilitares; en la visión del autor los aliados más eficaces de la guerrillas no son los nicaragüenses ni los cubanos sino los métodos de la propia lucha antisubversiva.

La primera parte de la obra se basa en abundante material bibliográfico y periodístico, sobre todo de origen salvadoreño. La segunda reposa mucho más en fuentes norteamericanas, desde documentos oficiales hasta información proveniente de la prensa. En este sentido el libro impresiona por el inteligente uso de ese tipo de materiales.

Un punto de discusión interpretativa podría ser la utilización del concepto de "despotismo reaccionario". El autor lo esboza en este libro, y acaba de desarrollar en un reciente artículo: "Reactionary Despotism in Central America" (*Journal of Latin American Studies*, vol. 15, part 2 november 1983, pp. 295-319). La noción original se debe al sociólogo español Salvador Giner y fue elaborada para explicar los regímenes autoritarios del Mediterráneo europeo. Se trata de un modo de dominación del capitalismo tardío caracterizado por (*art. cit* p. 308): "una coalición reaccionaria de terratenientes, con intereses industriales y financieros muy cercanos...imponiendo un régimen político de exclusión para legitimar su control de la economía y del limitado pluralismo aceptable..., los oponentes potenciales o reales de dicho régimen carecen de ciudadanía,... y la cooptación y la obediencia pasi-

va reemplazan el consenso activo de la población. Aunque es obvio que buena parte de estas características están presentes en varios gobiernos centroamericanos del presente y el pasado, me parece que una adecuada conceptualización de las formas de dominación política y social es algo que falta todavía hacer. No es por cierto tarea sencilla, y en todo caso, no puede evitar una acuciosa formulación con categorías históricas. Lo más importante, en casos como el que nos ocupa, sería poder mostrar la naturaleza de la dominación política, desde la "república oligárquica" hasta hoy, y sus cambios. El mejor elogio que podemos hacer de este libro del profesor Baloyra es en el sentido de que constituye un avance, si no una solución en esta búsqueda. Su valioso aporte para entender el complicado juego entre realidad socio-política de El Salvador y política norteamericana queda, por cierto, fuera de toda discusión.

*Héctor Pérez Brignoli*

**HACENDADOS, POLITICOS Y PRECARISTAS: LA GANADERIA Y EL LATIFUNDIO GUANACASTECO 1800-1950** Por Lowell Gudmundson. San José Editorial Costa Rica. 1983, 256 p.

Bajo este título, el historiador Lowell Gudmundson nos presenta tres artículos, relativamente autónomos entre sí, referentes al tema de la gran propiedad territorial y un anexo documental, precedido de una problematización conceptual, sobre la cuestión de la historia del distrito minero del Guanacaste.

Es notable en este trabajo su abundante documentación. Cada uno de los tres artículos está respaldado por una gran cantidad de material empírico que, además de darle gran solidez a las tesis que se formulan, nos proveen de un fuerte punto de partida para reflexiones posteriores. En este sentido debe subrayarse lo valioso del material presentado en los apéndices del segundo artículo, los cuales ocupan casi tanta extensión como el artículo mismo y que nos remiten a una fuente que hasta el momento ha sido muy poco trabajada, por lo menos no con tanto detenimiento como lo hace Gudmundson. En un medio como el nuestro, donde la investigación de los problemas más relevantes de la sociedad costarricense siempre choca con la ausencia de información primaria, Lowell Gudmundson nos facilita un material muy útil para

reflexionar sobre la dinámica de la sociedad costarricense, incluso sobre problemas que trascienden lo que parecen ser los intereses principales del autor de este libro. Se derivan de su investigación una serie de pistas de trabajo que de convertirlos en problemas sujetos a análisis probablemente nos llevarían por derroteros muy distintos de aquellos por los que transcurren las Ciencias Sociales en la Costa Rica de hoy.

En el artículo primero nos parece digno de una reflexión más detenida lo que el autor llama "el amplio y precoz liberalismo" de la Costa Rica del siglo XIX, así como a las coincidencias por el autor señaladas entre conservadores y liberales en el proceso de expropiación de las obras pías. En el mismo sentido, son muy interesantes las diferencias que se resaltan respecto a lo que fue la experiencia mejicana y salvadoreña. No puede pasarse por alto la observación de Gudmundson del desfase existente entre la privatización de las obras pías y el sistema de trabajo, en tanto nos tambalea la tradicional y directa asociación entre la privatización de las tierras comunales y la generalización del trabajo asalariado, lo que suele llamarse la acumulación primitiva.

De los varios tópicos que se tratan en el segundo artículo nos parece particularmente atractivas las constataciones que hace el autor sobre los vínculos existentes entre "latifundistas ganaderos guanacastecos" y lo que podríamos llamar genéricamente la "burguesía del Valle Central". Tales señalamientos nos llevan *nuevamente* a poner en tela de duda los planteamientos que remiten a la existencia de "*fracciones de clase*" claramente delimitadas. Desde el punto de vista de comprender lo que son las clases dominantes en Costa Rica nos parece importante detenerse en las observaciones del autor sobre lo que podríamos llamar la convergencia de varias figuras sociales en un mismo actor y que llevan a decir a Gudmundson que... en muchos casos los actores en la ganadería eran los responsables tanto por el desarrollo de las industrias cafetalera, cañera, minera y maderera, como por la dirección de las principales empresas y haciendas ganaderas" (pag. 110).

Para ser justos hay que decir que esto ha sido señalado antes en otras investigaciones; no obstante es algo que parece que todavía no es asumido en el análisis cotidiano como realidad. El vocabulario de todos los días de los científicos sociales remite a ese mundo fragmentado en fracciones-estancos. Hay que celebrar otra comprobación de que tal cosa es fundamentalmente ideológica.